

---

*DOXA:*  
UN JUEGO CON VIDAS  
Y LA VIDA EN JUEGO

---

ELMER CASTAÑO RAMÍREZ<sup>1</sup>  
MARÍA ELENA BERNAL<sup>2</sup>

---

ABSTRACT. *DOXA*: PLAYING WITH LIVES AND LIFE AT STAKE

In this essay, game is linked to the doxa expressed in the specific case of agro-toxic products by a direct consultation with its users. It is an invitation to reflect on the cognitive and ideological elaborations referred to the affectation with pesticides to the environment, the consumers, the agro-workers.

KEY WORDS. Opinion, game with life, justification, pesticides, fumigators, health hasards.

---

Jugar es un verbo que representa una de las actividades más trascendentes en la vida animal y con mayor énfasis en mamíferos a quienes les enseña defensa y ataque como actividad de subsistencia frente a otros, induce sensaciones de prestigio y reconocimiento, otorga sentidos opuestos de pérdida, éxito y venganza, gesta agilidad, rapidez de respuesta, capacidad para diseñar estrategias, entrega la aceptación de ser observado u observar, promueve ejercicios de inteligencia, liderazgos, genera emociones acumuladas como estrés, miedo, alegrías, tristeza. Además de que con él se aprende a arriesgar. Es connatural con el juego la diversión, la esperanza y la crítica con y sin sustento, enruta hacia la madurez, da criterios para la actuación y, a fin de cuentas, conduce a la seriedad de la adultez. En la mayoría de las actividades continuamos con esos elementos del juego en la vida cotidiana, al enamorarnos, dentro del empleo, en la vida sexual, familiar social o política, en los negocios y un largo etcétera (Huizinga, 1972).

Determinar los límites entre lo que es y no es juego se dificulta en la edad adulta. Continuamos siendo niños que nos encantamos con cada descu-

---

Facultad de Ciencias Agropecuarias, Universidad de Caldas, Manizales, Colombia.  
elmercr@ucaldas.edu.co

Facultad de Ciencias Agropecuarias, Universidad de Caldas, Manizales, Colombia.  
maribelberve@ucaldas.edu.co

brimiento, seguimos actuando por pequeñas aproximaciones, consideramos las diversas formas de tantear situaciones, comenzamos (si tenemos ese poder) por vincularlas con valores y reglas que dificultan el actuar con otros y cuando es a nosotros mismos las desagregamos o las desaparecemos. Sacamos a relucir momentos de juego sucio, no responsable, pero juego al fin. Nos acostumbramos jugando a crear realidades que creemos o hacemos creer, en donde la verdad se coloca en un segundo plano y damos sentido a la realidad y se resuelven los problemas con certeza a través de la opinión. Nos acostumbramos a la inexistencia de una única verdad con características de absoluta, pues ahora existen verdades en plural; asimismo, se arman conocimientos para que se acomoden a quien puede obtener ventajas de ellos y se deja la *doxa* (opinión) como alternativa de subsistencia para quienes no hablan por sí mismos, pero que deben asegurar explicaciones de acuerdo con su imaginación y construidas a partir de las experiencias de otros para dar sentido a sus vidas.

Es en este plano que encontramos un grupo de negociantes planetarios con poder sobre la vida a través del mercado de armas inventadas para la guerra, llamadas "agrotóxicos". Un negocio que evoluciona en la generación de ingresos para los propietarios de las plantas procesadoras, productoras y comercializadoras con dieciocho por ciento de crecimiento del mercado global de productos para la protección de cultivos en 2011 (según un reporte de la firma de consultoría Phillips McDougall). Un negocio que en las bolsas de valores (con apenas 45,210 millones de dólares) se juega el medio ambiente del planeta, la comida de sus habitantes y las oportunidades de subsistencia de múltiples variantes de trabajadores (AFAQUIMA, 2012).

Este juego se instrumenta con la existencia de miles de formulaciones químicas con efectos impredecibles para el hombre y el ecosistema, lo que hizo que Naciones Unidas, a través de sus programas a nivel mundial, iniciara acciones concertadas para establecer mecanismos normativos internacionales y cronogramas para regular el comercio, movilización y eliminación de una serie de sustancias químicas peligrosas y sus desechos tóxicos. Según cálculos de la FAO, más de 500 mil toneladas de plaguicidas obsoletos, prohibidos o caducados se acumulan en casi todos los países del Sur, suponiendo una grave amenaza para la salud de millones de personas y para el medio ambiente (Nivia, 2004).

Es a partir de este distractor del mercado libre (y además se nos hace creer que abierto), donde pequeños grupos crean e imponen reglas con las que cada año en el mundo se intoxican cerca de 3 millones de personas por el uso de agrotóxicos y mueren más de 220 mil por año, lo cual significa 660 muertes por día, 25 muertes por hora. El programa de vigilancia epidemiológica de los Ministerios de Salud y la Organización Panamericana de la Salud en siete países de Centroamérica, estima que cada año, 400,000 per-

sonas se intoxican por plaguicidas. Naciones Unidas considera que la tasa de intoxicaciones en los países del sur podría ser 13 veces mayor que en los países industrializados, por lo cual declaró a los plaguicidas como uno de los mayores problemas en el ámbito mundial. Para 1991 se calculaba que 25 millones de trabajadores agrícolas sufrirían un episodio de intoxicación por plaguicidas y que éstos serían responsables de 437,000 casos de cáncer y de 400,000 muertes involuntarias (Gómez, 2013).

Además, se nos muestra este negocio de apuestas a las mayores ventas como el redentor de la agricultura moderna para una población creciente y de escasos ingresos que necesita comer. ¿No es mejor una comida intoxicada que ninguna? Pregunta de encrucijada que nos pone en los límites del juego de decisión y de discusión para, de manera disuasoria, intentar encontrar nuestra apuesta por inclinar balanzas en favor de la *no hambre*, no importa cómo. Igual que en el fútbol es la disyuntiva de ganar o perder o, a lo sumo, empatar aunque sea meter el gol de la honrilla, nos descargamos de nuestras prevenciones morales al optar por la línea de opinión más fácil: “Que se mueran pero de manera lenta, intoxicados, lejos de nosotros y en manos de técnicos médicos quienes sabrán qué hacer con los cánceres y enfermedades huérfanas resultantes”, a lo sumo, con el tributo a los mismos laboratorios que producen los tóxicos, pues ellos están diseñando drogas salvadoras como paliativos para aquellos daños que originan; que también se venden caras.

No es la química como área del conocimiento con nuevas formulaciones el campo central del juego; este es tan solo uno de los ingredientes de tan funesto reto. No pensar en que el artificio de la agricultura puede hacerse de manera integral, limpia y comprometida con los consumidores, es uno de los grandes límites impuestos, con reglas por prototipo de plaga, como si todos los productos pudiesen usarse indistintamente sobre organismos específicos sin matar a otros. Es anteponer la linealidad de las ciencias positivas (química bioquímica, biología, fitopatología, entomología, microbiología) sobre un campo complejo como lo son los cultivos y más aún sobre la agricultura tropical.

Tampoco es el reto de la física expresada a través de las técnicas de aplicación (aspersión aérea, equipos terrestres, maquinarias, agricultura de precisión); la base del desafío agrario parte de la formación ingenieril difundida en escuelas de agricultura para ser acatada dados los tipos de formación que allí imperan. Aprender a hacer acriticamente, responder técnicamente desde los adelantos actuales a los problemas, investigar sobre elementos mínimos del recetario agrario, no pensar las políticas agrarias y sólo acatarlas, ver a la gente como instrumentos de producción, todo ello suele verse como la tarea de la academia agraria. El aprendizaje se alimenta de una biología útil, aprovechable, sin mirar más allá de la in-

mediatez de la cosecha, su venta y las ganancias para quienes están en el emprendimiento rural.

Como en el juego del fútbol (negocio de pingües ganancias para unos pocos) los magnates del juego de los agrotóxicos ponen a disposición de la gente las reglas y obligaciones, y delegan la actividad de la cancha en jugadores con diversas inteligencias kinestésicas y capacidades físicas, para que sean ellos sobre quienes recaigan las responsabilidades del juego. Tal delegación se ve en quienes deciden las aplicaciones, quienes determinan los productos a usar, los que transportan, almacenan y fumigan. Resulta encantadora tal delegación porque cualquier riesgo, peligro, intoxicación es culpa del labriego, las pérdidas en el juego son culpa del que está abajo. Ellos son los jugadores y a ellos se dirigen las miradas. Los espectadores-consumidores, somos más, pareciera que observamos a distancia y no nos sentimos involucrados (a pesar de que consumimos lo que la agricultura produce) y nuestro voto de opinión en contra de los que aplican pesticidas siempre será mayoritario.

Se ha trasladado a los trabajadores el gravamen del control de armas de guerra biológica, disminuyendo la participación de los dueños de las compañías productoras, comercializadores, empleadores y del Estado en materia de responsabilidad alrededor de la seguridad laboral e incluso en ellos (los obreros de campo) se depositan éxitos y fracasos de las aplicaciones. Son los labriegos con bajos niveles de escolaridad quienes tienen que inventar su propio lenguaje para explicar sus malestares. Ellos autónomamente deben colocar sus pensamientos y representaciones para explicar sus dolencias, indisposiciones por intoxicaciones agudas, envenenamientos crónicos. Todo ello se soporta con acuerdos colectivos imaginarios sobre lo que sienten sus cuerpos y otorgan excusas como la resistencia individual, la virilidad de quien se arriesga en la labor, o el Dios que les trae niños con deformaciones y enfermedades extrañas.

El desafío es interpretar la realidad, deformarla, adherirle matices, contextos, significaciones, usos y abusos del lenguaje; es la tarea para disculpar la entrega de vida a cambio de un jornal de miseria en la acción del labriego fumigador. Es la *doxa* la que entra como nuevo juego dentro de la gran partida de los agrotóxicos; visto como el fútbol aparece la perspectiva de los espectadores (consumidores de alimentos y materias primas intoxicadas) como forma de justificar la pérdida de bienestar; el problema estriba en la subsistencia del campesino con su familia, quien debe encontrar las razones para continuar en la faena. La diferencia ahora está en la precisión de quien define el objeto: una mirada tiene el fabricante, otra los dueños de la fábrica, otra los usuarios, la de los comercializadores, de los encargados de la logística, otra los aplicadores y otra sus familias. Puntos de vista que definen los agrotóxicos como objeto a su manera, pero desli-

gados todos de la realidad enfermiza y generadora de enfermedades de los venenos aplicados.

La opinión o *doxa* desde los trabajadores fumigadores se divide en dos tipos de conocimiento (apoyado en Cornford, 2007): 1. La conjetura, que es el conocimiento alcanzado a partir de la interacción con otros fumigadores, obreros, dueños de fincas, agrónomos con quienes construyen significados, y 2. Sus propias creencias, conocimiento disponible de las cosas cuando se viven o se perciben directamente y se forma un juicio sobre ellas. Este es el marco dentro del que se mueven las decisiones de trabajar las labores de campo en fumigación de agrotóxicos. Los riesgos y peligros que implican la manipulación no informada para los fumigadores, sus temores conjugados con su visión de la actividad y la opinión construida a partir de sus vivencias conjuntamente con los otros en su misma actividad, han generado opiniones que se descifran en una consulta directa a obreros de tomate<sup>3</sup> (con más de diez años de actividad en la zona cafetera central de Colombia) sobre los agrotóxicos y como derivan sus opiniones en las decisiones de aplicación de estos productos desencadenantes de problemas de salud.

Las entrevistas muestran cómo los fumigadores del cultivo del tomate en estas zonas han construido sus opiniones sobre los agrotóxicos de forma intuitiva, apoyados en los «pareceres» de sus colegas (respuestas como “Gracias a Dios no he tenido ninguna dificultad con el veneno; yo los he aplicado muchas veces y a mí no me ha hecho daño, compañeros míos sí les ha perjudicado mucho el veneno, los han tenido que mandar p’al pueblo intoxicados y debido a eso, pues mucha gente no piensa que eso le hace daño a uno, pero el veneno si es muy dañino”). Ocurre en ambientes caracterizados por carencia de conocimientos en conjunto con experiencias personales (“A mí la verdad casi no me hacen nada yo por eso trabajo así tranquilo”), intereses de las casas comerciales y ausencia de las autoridades laborales y de salud (“Esos productos sí pueden afectar a otras personas; a todo el mundo le hace daño, eso queda impregnado en la tierra, en el cultivo, y eso evapora y el vapor le hace daño a todo el mundo, ahorita han sacado químicos más suaves hasta ni huelen maluco ni nada, están sacando naturales como extracto de ajo y ají y no le hacen daño a nadie”). Ello desencadena una serie de decisiones que repercuten sobre ellos mismos, sus familias y el ambiente.

Los trabajadores encuestados tienen una marcada tendencia a normalizar los efectos, es decir, los síntomas agudos que sufren por intoxicación durante o después de su labor (“Duré hartoo tiempo, mejor dicho pongámsle casi un mes, me resultó ese brote y yo pensé que era otra cosa, nunca creí que era por el producto y entonces yo estuve un tiempo que me ponía de pie y me caía y me iba hacia atrás”), en una postura de hombres fuertes (“Pues uno ya está muy acostumbrado a fumigar y entonces por

eso no le hace tanto daño a uno”). Dadas las características de agresividad y competitividad impuestas, muchos hombres se exponen a situaciones potencialmente peligrosas que se esconden detrás de la idea de valentía y capacidad de riesgo, hecho que ocasiona un gran número de accidentes, muchos de ellos fatales, y conduce también a que los hombres oculten o nieguen enfermedades (“Antes en el Huila cuando yo fumigaba el café siempre terminábamos con esos ojos rojos”; Pizarro, 2006).

Muchos trabajadores están conscientes de los efectos agudos que surgen como resultado de la exposición a estos productos (“Si uno se intoxica es por que le están dando mareos o que empiece a vomitar y a mí nunca me ha dado, yo creo que eso no me hace nada”), pero muy pocos relacionan sus afecciones crónicas, afectaciones sobre sus familias o sistemas orgánicos comprometidos (nervioso, endocrino, gástrico), enfermedades de plazo mediato como cánceres, enfermedades huérfanas o cambios hormonales. Testimonios como los siguientes demuestran ignorancia supina sobre los problemas de salud futuros para los trabajadores y sus familias. La afectación testicular en cincuenta y tres por ciento, dicen que “los tóxicos no afectan, hasta por allá no llegan, desde que no le caigan directamente, pa’ eso se tapa bien uno”.

“A mí sí me han afectado los venenos, me dio una alergia en la parte de la espalda, me duró como quince días, como si fueran espinas no más, eso pasa y ya no fui al médico”.

“Una de las niñas mías sí se estuvo mucho tiempo con vómitos pero eso con colada de guineo (plátano) se le quitó”.

Dos esposas de los trabajadores presentaron en algún momento aborto espontáneo:

“En general mi familia muy bien, sólo una sobrinita que es retardadita”.

La disputa entre el juego especulativo por la generación de bienes y riqueza para fabricantes, comercializadores y empresarios a quienes les mueve el interés por las ganancias de largo plazo, *versus* los trabajadores, quienes sólo cuentan con tiempo de vida y capacidad física (además desprotegidos por el Estado y desprovistos de derechos laborales como trabajadores rurales). Se intercambia en el trabajo de fumigación salarios muy bajos para la subsistencia inmediata del jornalero y su familia por drásticas disminuciones de la esperanza de vida con calidad ante los riesgos de exposición crónica, muchas veces silenciosos e invisibles, que manifiestan sus consecuencias tardíamente. La estrategia de países en modestos procesos de desarrollo económico y de las regiones por mantener eficiencias productivas, se subsumen en la atracción de individuos con disposición al riesgo de inversión, pero apoyados en un bajo costo de la mano de obra y ojalá silenciosa frente a peligros, enfermedades y muertes: es notoria la desregulación propiciada por el libre mercado que conduce al mínimo respeto por la vida del otro.

Seguir opinando en la búsqueda de respuesta(s) debe ser una discusión abierta en el juego por la vida planetaria, no importa si es nueva o vieja la discusión sobre un juego sucio y con controversias soportadas con elementos erróneos, cínicos y con la superficialidad de un juego de fútbol. Opinar en el caso de los agrotóxicos es tomar una decisión en un acto concreto. Es sentarse desde la tribuna a ver lo que pasa o es decidirse a actuar. La investigación sobre la lucha biológica para control de organismos de incidencia agraria debería conducir a una tarea más integral y de menor énfasis en el antinatural monocultivo (para la agricultura del trópico andino) y su consecuente artificialidad alcanzada con venenos. Se trata de promover un impulso hacia una agricultura distinta a la de los países desarrollados. El futuro socioambiental del mundo tropical dependerá, en gran parte, de cómo se libere esta batalla entre la producción de alimentos sanos (sin trazas de artificios químicos como los agrotóxicos), donde se privilegie el bienestar de productores, obreros y consumidores por encima de los intereses de las casas de fabricación de químicos y el mismo agronegocio.

Aquí cabe la representación del filósofo Giorgio Agamben (1942) tomada de las antiguas formas del derecho romano con la figura del *Homo sacer*, del hombre a quien se puede matar pero insacristable, criatura desprovista de todo derecho al que puede asesinarse sin que el criminal pueda ser juzgado, ya que la misma ley crea las condiciones de su exculpación. La presencia continua de esa figura del *Homo sacer* representa la tragedia de los trabajadores agrarios (hombres parias, trabajadores invisibles frente a las normas) sometidos a armas letales desconocidas para ellos en sus implicaciones, reducidos a la figura (muy propia de la ingeniería moderna) de "daños colaterales", sin penalización alguna para ninguno de los responsables de sus penurias (Forster, 1999). Habría que concluir con la frase de uno de los trabajadores entrevistados: "Más adelante, de pronto esa aplicación es dañina pero hasta el momento a mí no me ha pasado nada, gracias a Dios".

NOTAS

- 1 Profesor titular de Metodología de la Investigación en Medicina Veterinaria y Agronomía. Universidad de Caldas, Manizales Colombia / elmercr@ucaldas.edu.co
- 2 Profesora catedrática Universidad de Caldas, Manizales Colombia / marielberve@hotmail.com
- 3 Consulta realizada con apoyo del ingeniero agrónomo Federico Cañón Ossa de la Universidad de Caldas en 2016.

## BIBLIOGRAFÍA

- AFAQUIMA (Asociación de Fabricantes de Productos Químicos Agropecuarios de Venezuela) (marzo 9 de 2012) "Crece mercado mundial de Agroquímicos" en <http://afaquima.com/crece-mercado-mundial-de-agroquimicos/> tomado en febrero 17 de 2014.
- Agamben, G, (1942), *Estado de excepción: Homo sacer II*, Valencia: Pre-Textos.
- Forster R (1999), "Kosovo... yo argentino", *Pensamiento de los Confines* 6.
- Gómez G. C. (2013), "Los agrotóxicos: El nuevo holocausto invisible" en <http://www.telesurtv.net/articulos/2012/12/04/los-agrotoxicos-el-nuevo-holocausto-invisible-5600.html> tomado 17 febrero de 2014.
- Nivia E. (2004), "Contexto: agricultura orgánica y plaguicidas. Por la eliminación de los plaguicidas extremada y altamente tóxicos. Los plaguicidas en Colombia" en *Revista Grupo Semillas Colombia* 21 06/25/200.
- Pizarro, H. (2006), "Porque soy hombre. Una visión a la nueva masculinidad". Disponible: [http://ovsyg.ujed.mx/docs/biblioteca-virtual/Porque\\_soy\\_hombre.pdf](http://ovsyg.ujed.mx/docs/biblioteca-virtual/Porque_soy_hombre.pdf), p. 214.
- Platón (2016), "La filosofía de Platón". Disponible: [http://www.webdianoia.com/platon/platon\\_fil\\_cono\\_2.htm](http://www.webdianoia.com/platon/platon_fil_cono_2.htm). (Consulta: 10 febrero 2016).
- Cornford, F. M. (2007), "La teoría platónica del conocimiento". Edición en la colección Surcos, PAIDOS Barcelona Buenos Aires México.
- Huizinga, J. (1972), *Homo ludens*. Madrid: Alianza Editorial.

